



Núm. 20.

20 de Mayo de 1861.

Año I.

EL RESPETO.

Honra en la tierra á tus padres
como á la imagen de Dios,
y serás para tus hijos
objeto de adoracion.

Si quereis llegar al término de la vida sin mancha en la conciencia, escuchad y seguid los consejos de vuestros padres.

Despreciarlos, amenazarlos, levantarles la mano, es un crimen, un sacrilegio, que Dios castiga de una manera terrible, como lo declara un hecho que en una de sus obras refiere un Padre de la Iglesia. En Capadocia, y al cuidado de su madre, vivian siete varones y tres hembras. Un dia, el mayor, arrebatado por su carácter, llenóla de injurias y la abofeteó el semblante, sin que ninguno de sus hermanos, que presen-

tes estaban, le reprendiese ni lo estorbase. La madre sin ventura, herida en el fondo del alma, fuera de sí, llamó en su auxilio al cielo, y el cielo derramó sobre sus frentes un cúmulo de infortunios; devorados por la lepra, y acosados por el hambre, recorrieron la superficie de la tierra, entre el odio y el horror de sus semejantes, no entre la piedad y la conmiseracion. — «Yo les conocí, añade San Agustin; aprended en su ejemplo á respetar y honrar á vuestros padres, porque está escrito que la benediction del padre afirma y robustece en sus cimientos la casa del hijo, y que la maldicion de la madre la desquicia y destruye.»

Y los castigos temporales, comparados con los que impone el autor y vengador de la autoridad paternal, son lo que una chispa junto á un volcan, ó un grano de arena junto á una montaña. ¿A quién amará y honrará el hombre que desoye el grito de la naturaleza? Por Dios está este deber escrito en el fondo del alma.

Ya hemos visto cómo castiga su infraccion; veamos cómo premia su cumplimiento, para

vergüenza de los hijos ingratos y estímulo de los que no lo sean.

En China fué condenado á muerte un hombre por crímenes en el ejercicio de la magistratura, y su hijo, arrojándose á las plantas de sus jueces, ofrecióles su vida en cambio de la suya. El mandarin, conmovido profundamente, participó al emperador proposición tan singular, y este, no menos afectado, perdonó á padre é hijo, en uso de su prerogativa.

No es menos notable este rasgo de amor y abnegación filial.

Una mujer quedó viuda con tres hijos, cuyo trabajo apenas bastaba al sostenimiento común. El espectáculo de los padecimientos y las privaciones de su madre, inspiróles la idea de entregar á la justicia, dos de ellos, al otro, que designaría la suerte, suponiendo que era un célebre bandido, por cuya captura se ofrecía una fuerte suma. Designó la suerte al tercero, que se dejó maniatar y conducir, como si fuera lo que fingía, á presencia de un magistrado, y luego á un calabozo, previa la entrega de la suma á sus hermanos. Estos, trascurridos algunos días, hallaron manera de introducirse en la prision, y, creyéndose solos, abrazaron al prisionero con visibles muestras de cariño; pero habíales seguido el alcaide, que comunicó lo ocurrido al magistrado, y de dato en dato, de inducción en inducción, se vino en conocimiento de la verdad. Puesto el preso en libertad, él y sus hermanos fueron presentados al rey, que les colmó de alabanzas y les concedió una pensión, en recompensa de su heroicidad.

Hoy hombres, y los encontrareis en el camino de la vida, que, hijos de la nada, conquistaron un rango, un nombre en el mundo, no siempre premio de sus talentos ó de sus servicios, y se avergüenzan de sus padres, por creerles inferiores á ellos. No de quien han nacido, de haber nacido debieran avergonzarse. ¡Oh! vosotros no les imitareis. La verdadera grandeza no estriba en la fortuna ni en las distinciones humanas, sino en la rectitud, en la generosidad, en la elevación de los sentimientos: tema el que olvida á su padre y á su madre porque

se agita en alta esfera, que Dios no le olvide á él porque no está en la suya.

Sí; lo que hagais con vuestros padres, harán con vosotros vuestros hijos: si les honrais y respetais, sereis honrados y respetados: si les maltratais y escarneceis, sereis maltratados y escarnecidos.—«Deteneos, dijo un padre á sus hijos, que le arrastraban por los cabellos; yo no arrastré á mi padre mas que hasta aquí.»

E. HERNANDEZ.

LOS NIÑOS VIAJEROS.

SEVILLA.

En la madrugada de un hermoso día de primavera, todo el mundo se hallaba en movimiento en una casa de la plaza de las Tendillas, en Córdoba; y aquel movimiento indicaba un viaje, á juzgar por las voluminosas maletas que dos criados se preparaban á conducir. Don Claudio, el dueño de aquella casa, uno de los mas ricos hacendados de Andalucía, hombre de carácter jovial y decidor, se encasquetaba su gorra de camino, hablando con su antiguo amigo D. Manuel, que hacía pocos días había llegado á Córdoba, con su hijo Enrique, con quien había recorrido ya casi toda España. Estimulado por el ejemplo de su amigo, D. Claudio se había decidido á acompañarle en la escursión que aquel pensaba hacer por algunas ciudades de Andalucía, visitando así al propio tiempo las posesiones que tenía en Sevilla, Cádiz, Málaga, Huelva, y aun en algunos puntos de Estremadura, y que, entregadas á manos mercenarias, reclamaban imperiosamente la presencia de su dueño.

Mientras que los dos amigos discutían el itinerario que se proponían seguir, Enrique ayudaba á hacer sus preparativos á la graciosa Carlota, hija única de D. Claudio, la cual era poco mas ó menos de la misma edad que aquel niño.

—¡Tú ya estás listo! decía Carlota, ¡y á mí me falta tanto todavía!

—Cuando uno tiene costumbre de viajar, respondía muy formal Enrique, hace sus preparativos en un momento y piensa además en llevar todo lo necesario. Vamos á ver, ¿qué llevas tú para hacer boca?

—¿Yo? Nada.

—Pues yo llevo en mi bolsa de viaje bizcochos y otras golosinas, que partiremos para los dos.

—Muchas gracias: eres muy amable.

Cuando todo estuvo dispuesto, los dos padres, acompañados de sus hijos, que los precedían alegremente, se dirigieron á la estacion del ferro-carril, donde tuvieron ya que esperar muy poco para la salida del primer tren.

Instalados en un cómodo carruaje de primera clase, el agudo silbato de la locomotora dió la señal de partir, y aumentándose la velocidad del tren á medida que se alejaba de la estacion, á los veinte minutos estaban en frente de otra de segundo órden.

—¿Qué pueblo es este? preguntó Enrique.

—Villarrubias, contestó inmediatamente Carlota; le conozco porque mi papá me trajo á él cuando se abrió al público el ferro-carril. Los demás pueblos por donde tenemos que pasar no los he visto ni sé tampoco sus nombres.

—Los demás pueblos, dijo D. Claudio, son Almodóvar, Posadas, Hornachuelos, Palma, Peñafior, Lora del Rio, Carmona, Tocina, Brenes y la Rinconada, próximos algunos al ferro-carril, viéndose otros á cierta distancia de las estaciones.

—¿Y hay mucho hasta Sevilla? preguntó Carlota.

—Hay ciento treinta kilómetros, respondió D. Manuel, que recorreremos en cuatro horas, á pesar de las paradas en las estaciones.

En efecto, á la siete y media habian salido de Córdoba, y á las once y media llegaron á Sevilla.

—Observad, dijo D. Manuel á los niños, qué hermosa situacion tiene esta ciudad, en esta dilatada llanura y á la izquierda del Guadalquivir.

—Querra Vd. decir en las dos orillas papá, se permitió observar Enrique, porque en aquella otra orilla tambien se ven muchas casas.

—Aquel es el barrio de Triana, uno de los arrabales de la poblacion: la ciudad se halla toda háca esta parte y tiene quince puertas, siendo las principales la de Triana, la Macarena, la nueva de San Fernando y la de Jeréz.

Entraron en la ciudad y los padres fueron haciendo notar á sus hijos que muchas de las calles conservan aun la forma estrecha y tortuosa que les dieron los árabes, aunque algunas están reformadas, y las casas son generalmente de buena apariencia, con patios entoldados y rodeados de macetas, que sirven de salas en el verano, hallándose iluminados de noche por preciosas farolas.

D. Claudio tenia en Sevilla casa propia, donde se reservaba una hermosa habitacion para las veces que solia ir á aquella ciudad. Habia enviado con anticipacion algunos criados y todo estaba dispuesto para recibirlos. Almorzaron opíparamente, bien á pesar de los dos niños que, gracias á los bizcochos y á los dulces del provisor Enrique, no tenían apetito y deseaban lo primero recorrer la ciudad; pero D. Claudio declaró que su estómago exigia imperiosamente que la primera visita fuese al almuerzo, y no hubo mas remedio que conformarse.

Después se dirigieron todos á ver la Catedral.

—Vea, dijo D. Manuel, que agradable impresion produce descollando sobre otra multitud de brrecillas, esa elevada torre, llamada *la Giralla*, por ser el nombre que dá el vulgo á la grande estatua de la Fé, que sirve de velleja jirabria, torre que fué empezada á construir por un moro en el año de 1000. Este magnifico templo ha sido embellecido por los diversos géneros de arquitectura llamados gótico, gemano, greco-romano, árabe y plateresco: su planta es un cuadrilongo y tiene nueve puertas. Entremos y vereis qué profundo sentimiento religioso inspira esta hermosa iglesia, con sus cinco naves divididas por treinta y seis columnas que figuran grupos de palmas, con sus 93 vidrieras de colores; con su soberbio retablo de altar mayor, de madera de aloe, con delicados adornos del gusto gótico y su taberná-

culo de plata dorada. Esta es la capilla llamada *Real*, cuya entrada está formada como veis, por un arco de 87 pies de altura, con doce estatuas y esa efigie de San Fernando á caballo, que está sobre la reja, que sirve de puerta, es de un tamaño mayor que natural: esos sepulcros que veis en ella, son los de los reyes D. Alonso el Sábio y Doña Beatriz. También se halla en una urna de plata el cuerpo de San Fernando. Vamos recorriendo las otras capillas, que son treinta y siete, y en todas vereis

preciosos cuadros de Murillo, Zurbaran, Valdés, Alonso, Cano, los Herreras y otros, y en la sacristía mayor admiraremos el *Descendimiento*, del maestro Campaña. Pasemos ahora á la sala capitular que es de forma elíptica y bellissimo aspecto, y habremos visto ya lo mas notable que contiene la Catedral.

Tanto se detuvieron en esto, que hubieron de volverse á su casa sin poder ver mas de la ciudad.

En los dias siguientes vieron la *Audiencia*;



Sevilla.

las *Atarazanas*, donde antiguamente se construian galeras y otros bajeles de guerra; el *Palacio arzobispal*, con una gran fachada de estilo plateresco, aunque no de buen gusto; el *Consulado*, construido por planos de Herrera; las *Casas consistoriales*, bastante buenas; la *Casa de Pilatos* ó *Palacio de San Andrés*, con magnífica fachada de mármol; la *Casa de los Taveras*, donde estuvo la Inquisicion; la columna llamada del *Triunfo* y el *Alcázar*, fundado por los árabes y habitado luego por los monarcas de Castilla, especialmente por D. Pedro el Cruel, que le convirtió en un grandioso edificio con estensos jardines.

Salían tambien con frecuencia á los alrededores de la ciudad; ya al puerto sobre el Guadalquivir, ya hasta la antigua y esbelta *Torre*

del Oro. ¡Con qué placer corrian los dos niños por aquellos deliciosos paseos!

J. M. de LARREA.

LA FLAUTA MARAVILLOSA.

APÓLOGO.

(CONCLUSION.)

¡Era él quien tocaba la flauta! Pero una flauta de plata, admirablemente cincelada, tan primorosa que no parecía obra de los hombres.

Mas habia en todo aquello algo de tan sorprendente, que nadie ha sabido explicarlo aun.

Era tan poderoso el atractivo de aquella mú-

sica, que todos los animales roedores acudieron, rodearon al anciano y le siguieron.

Este se encaminó á la poblacion y atravesó la ciudad por entre la asombrada multitud.

En pos de él marchaban agrupados y ocupando una estension de muchas varas, millones de animalejos negros, feos y asquerosos.....

Los asombrados moradores, no lo estaban tanto que muchos de ellos no sintieran deseos de aplastar con los piés á algunos de aquellos viles insectos, causa de su miseria y sus padecimientos.

Pero el hombre misterioso habia recomendado la quietud, la inmovilidad; y fué obedecido.

El anciano se aproximaba al muelle sin cesar de tocar su maravillosa flauta.

Los animalejos le seguian mansamente.

En esto se cubrió el cielo de nubes, el viento sopló con violencia, las mansas aguas del rio se ennegrecieron y agitaron. La corriente centuplicó su violencia.

El Océano rugia á lo lejos.

El anciano llegó á la orilla del muelle.

¡Cosa singular!

En lugar de detenerse, siguió marchando sobre las aguas como si pisara sobre un pavimento invisible.

Mas no sucedia lo propio á los animales roedores.

Apenas caian al agua, los arrebatava la corriente.

Y como la flauta seguia sonando y aquella música era la voluntad que los empujaba adelante, todos cayeron al rio.

¡Y todos se ahogaron!!...

El anciano volvió á cruzar el rio, y entró en la ciudad, cuyos moradores le recibieron con grandes aclamaciones y le condujeron en triunfo hasta la casa que le habian destinado para alojamiento.

El año siguiente la cosecha fué tan abundante en toda clase de frutos como jamás se habia conocido.

El pueblo pagó su tributo llorando de agradecimiento.

El segundo año sucedió lo propio; mas hubo

dos individuos que olvidaron llevar al anciano su grano de trigo.

El tercer año fueron cuatro los olvidadizos, y como el anciano no se quejaba, y era muy molesto el tener que andar dos ó trescientos pasos para llevar una uva ó una guinda, á el año siguiente fué grandísimo el número de los que no pagaron.

A los ocho años el buen anciano no recogió mas que ocho granos de trigo, una breva, una piña y una col.

Entonces se presentó á la autoridad; esta reunió á todos los moradores y el anciano hizo presente su queja.

La mayor parte de ellos dijeron.

—Yo os daré hoy una cesta de uvas y os habré pagado para muchos años.

—Yo os entregaré una fanega de cebada.

—Yo un celemin de trigo.

—Yo un quintal de patatas.....

—¡No, contestó el anciano! Yo os he cumplido lo que ofrecí; cumplid vosotros tambien.

—¡Bueno, cumpliremos! dijeron cabizbajos.

El primer año siguiente no pagaron el tributo mas que la mitad.

El segundo, la tercera parte.

El tercero, la cuarta.

El cuarto, algunos.

El quinto, ninguno.

El anciano se dirigió de nuevo á la autoridad y dijo:

—Convocad de nuevo á todos los moradores.

Sonó la gran campana y todos los habitantes de la ciudad, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, adultos y niños; acudieron.

—¡Escuchadme! dijo el anciano con aquella voz que penetraba los corazones.

—Cuando yo vine á buscaros ibais á abandonar vuestra ciudad natal: ¿es verdad?

—¡Si!

—Una horrible plaga os habia sumido en la miseria; ¿es verdad?

—¡Si!

—Yo os ofrecí devolveros la prosperidad; ¿es verdad?

—¡Si!

—La recompensa que pedí era tan insignificante, que no podíais dar crédito á mis palabras; ¿es verdad?

—¡Sí!

—¿Destruí la plaga que os devoraba?

—¡Sí!

—¿Os devolví la prosperidad?

—¡Sí!

—¿No sois más felices y opulentos que nunca?

—¡Sí!

—¿No me debeis á mí todo eso?

—¡Sí!

—¿No habeis olvidado todos llevarme el grano de trigo ó la fruta de su cosecha que os exigí en premio de tantos beneficios como os dispensé?

—¡Sí! contestaron tristemente.

—Pues bien; ¡oidme! Si habeis dejado de pagarme el leve tributo que os impuse, no es porque seais avaros.....

—¡No, no! dijeron todos.

—¡Sino porque sois ingratos!

Nadie contestó.

—Y como la ingratitud es el mas despreciable, el mas repugnante, el mas odioso de todos los vicios, yo no puedo consentir que exista un pueblo de ingratos que corromperia á todo el mundo.

¡Mirad!

Al decir esto aparecieron en la fachada de una gran casa que hacía frente al muelle unas grandes letras que decían:

¡CIUDAD DE LA INGRATITUD!

—¡No, no! gritaron todos llorando... ¡Nosotros os pagaremos puntualmente! ¡Borradas esas palabras! Perdonadnos!

—¡Es tarde, ingratos! dijo el anciano con aquella voz vibrante que todos conocían, y que les recordaba tantos beneficios recibidos: ¡Seguidme!..... ¡Seguidme!....

El anciano sacó la maravillosa flauta de plata que ya conocían, y empezó á tocarla al mismo tiempo que se dirigía al río.

Entonces los ingratos se sintieron como po-

seidos de un vértigo; parecían que en cada uno de ellos había dos voluntades adversas entre sí: una que los impulsaba á no seguir al anciano, y otra que venciendo á aquella los empujaba en pos de la flauta de plata.....

Al propio tiempo el cielo se cubría de nubes, el aire soplaba con violencia, las aguas del río se ennegrecían y agitaban; la corriente centuplicaba su fuerza, y el Océano rugía á lo lejos.

Los ingratos, andaban, andaban en pos del viejo, arrastrados por una fuerza sobre humana, y conforme se aproximaban al río creían ver aquella procesion de animales roedores, que empujados por una voluntad superior los había hecho arrojar al río y ahogarse; querían retroceder y no podían; querían pararse, y los sonidos de la flauta los hacía dirigirse al río.

El anciano llegó á la última losa del muelle y puso un pié sobre las aguas!

—¡Perdon, gritaron todos!

Pero el anciano no oyó aquel grito y siguió andando.

Los primeros que le seguían cayeron al agua y la corriente los arrebató.....

Lo mismo sucedió con los segundos y terceros.....

Y todos, todos cayeron al agua, y todos se iban ahogando.

Era ya de noche: aquel letrado seguía brillando como si estuviera escrito con fuego!.... ¡Oscilaba como si flotase en los aires, y decía: *Ciudad de los ingratos!*

Pero el anciano estendió la mano hácia la ciudad; la flauta dejó de oírse.

Un solo morador, que ya caía al agua, pudo agarrarse á una cuerda y salvarse.

Miró á la casa grande del muelle y vió con sorpresa que el letrado había sido sustituido por otro, que decía:

¡CASTIGO DE LOS INGRATOS!

El anciano había desaparecido. Pero en la ciudad quedó un ingrato.

Y ved cómo se ha reproducido hoy y cuántos ingratos pueblan el mundo!....

¿Tardará mucho en reaparecer el anciano de la flauta de plata, de luenga barba y ropas talares?....

Desechemos la ingratitud de nuestros corazones, y habremos evitado aquel tremendo castigo.

Ahora bien: ese resultado no explica que el pueblo aquel pudo no cometer ningún crimen, y que todo ello se redujo á una, tal vez, prueba á que el cielo quiso someterlo?

Pues bien; los que vivimos felices y alegres en la prosperidad, soportemos con resignación los males que el cielo nos envía, pues quizás sea una prueba en la que resultemos ingratos y merecedores del horrible castigo que dejó mencionado.

Felipe CARRASCO de MOLINA.

CUENTOS DE LA INFANCIA.

LA HERENCIA.

(CONTINUACION.)

IV.

Los dos Cómplices.

Al separarse Juan de la cabaña de su anciana madre, se dirigió presurosamente hacia la ciudad.

En uno de los barrios mas pobres de Granada, vivía un hombre de unos cuarenta años de edad, en cuyo semblante estaba retratada la astucia y la ambición: ningún sentimiento noble y generoso animaba su corazón, empujado por el vil interés: el oro era el sueño dorado que alimentaba su ser y nada le importaban los medios con tal de alcanzar el fin que se había propuesto de enriquecerse.

Juan atravesó con ligero paso la ciudad y sin detenerse un solo momento se acercó á la puerta de una casa, de modesta apariencia, que se alzaba en medio del barrio que hemos indicado. Levantó el aldabon de la puerta, pero una mano fuerte y vigorosa le detuvo.

Juan volvió la cabeza y se encontró con el hombre que buscaba.

—No te molestes Juan,—dijo el desconocido sonriéndose;—en esa casa no vive nadie mas que yo y llamarias en valde.

—Entremos, sin embargo,—añadió Juan con cierto imperio;—este sitio no es el mejor para el asunto que vamos á tratar.

—Ya lo comprendo—repuso el desconocido abriendo la puerta;—cualquiera creeria que te esperaba, ¿no es verdad?

—Entremos.

—Pues sí, Juan; tu tardanza me empezaba á inquietar.

—Cierra y escucha.

—Eres discreto.

—Subamos á tu habitacion.

—¿Con que tenemos que hablar?

—Sí.

—¡Me agradan tan poco las conversaciones!....

—Es preciso.

—Ya te sigo.

Juan que por lo visto conocia perfectamente la casa, se dirigió por una tortuosa y estrecha escalera que comunicaba con una habitacion interior, cuyo mueblaje consistia en un antiguo arcon de madera con chapas de hierro, una mesa de pino y algunas sillas de paja medio desvencijadas.

—Sentémonos—dijo Juan arrastrando una silla hacia él.

—Segun eso..... el asunto vá despacio?.... —añadió el desconocido imitando á Juan:—te suplico la brevedad.

—No estoy para perder mucho tiempo

Un breve silencio sucedió á estas palabras.

Ambos se dirigieron una penetrante mirada.

—¿Dónde está el niño?—dijo por fin Juan apagando la voz.

—Ha desaparecido—contestó el interpelado con aplomo, sin apartar sus pequeños ojos de su confidente, del cual empezaba sin duda á recelar.

—¿Te pregunto que dónde está el niño?—añadió Juan con marcada espresion.

—Ya te he dicho que ha desaparecido.

—¿Para siempre?

El desconocido le dirigió una maligna sonrisa, descubriendo despues el pomo del puñal que sobresalía del bolsillo de su chaqueta.

—¿Piensas engañarme?

—Creo que á nada conduciría.

—Te pregunto por última vez que dónde está el niño?

—Y yo por última vez te contesto que he cumplido exactamente tus órdenes.

—¡Eres un infame impostor!

—Como tú quieras.

—¿Crees acaso que ignoro.....

—¿El qué?

—He seguido tus pasos.

—¿Y bien?....

—La vida de ese niño me interesa hoy, y vas á devolvérmele.—añadió Juan levantándose.

—Imposible.

—¡Miserable!.... exclamó Juan descubriendo entre los pliegues de su capa un pistolete de bolsillo.

El desconocido permaneció inmóvil.

—Vengo á proponerte un negocio—repuso Juan despues de una breve pausa, procurando calmar su exaltacion y tomando otra vez asiento: me consta que ese niño vive y por una extraña casualidad sé el sitio donde le has depositado.

—¡Pues mucho saber es!

—Ya te he dicho que he seguido tus pasos.

—Tambien lo encuentro difícil.

—¿Es decir que no me crees?

—Pudiera ser.

—Está bien—añadió Juan levantándose segunda vez—mañana sabrás el resultado del paso que acabo de dar; te he querido proponer un arreglo... ¿y no quieres aceptarlo?.... Bien.

El desconocido se encogió de hombros.

—¿Piensas acaso,—continuó Juan—que no he recordado mas de una vez lo que, en iguales circunstancias, realizamos juntos hace quince años? Yo queria matar aquella infeliz criatura y tu me dijiste: «algun dia tal vez pueda valernos mucho el secreto de su vida,.....» y detuviste mi brazo.

—Sí, pero despues.....

—Despues una torpeza tuya ó algun oculto proyecto, que jamás pu le hacer que me reveláras, hizo que perdiésemos á aquella niña y..... pero en fin ya nos ocuparemos tambien de ese asunto. Ahora solo nos importa la vida de ese niño á quien afortunadamente no has querido matar, tal vez por las mismas razones que hace quince años, y á quien has abandonado al pié de la escalinata de la casa de campo que está junto á la cabaña de mi madre.

El desconocido demostró su sorpresa al escuchar estas palabras.

—Ya ves que conozco tu secreto;—añadió Juan confirmando sus sospechas;—esto es lo que mas me interesa, pero aun necesitaba de ti y por eso habia venido á proponerte.....

—Veamos esa proposicion.

—Quinientos pesos te ha valido la desaparicion de ese niño.....

—De los cuales solo he recibido trescientos.

—Hé aquí el resto—añadió Juan sacando un bolsillo.

—Si te hubieras explicado así desde el principio..... nos hubiéramos entendido.

—Pues bien, mañana á las ocho nos veremos en este sitio: y si á esa hora tienes en tu poder el niño, añadiré doble suma á este bolsillo y te le entregaré; de lo contrario.....

—Estamos convenidos: mañana á las ocho estará á tu disposicion.

—¡Ah, no me habia engañado!.... ¡el niño vive!.... ¡yo le salvaré!—exclamó Juan en voz baja ocultando su alegría.

Un momento despues, Juan salía de aquella casa con el placer de haber llegado á tiempo de evitar un nuevo crimen.

V.

La enferma del castillo.

A un cuarto de legua de la cabaña de Gertrudis alzabase un viejo castillo, pálida sombra ya del señorío feudal de la edad media.

Este castillo perteneció á la Baronesa del Valle.

Después que Juan salió de la casa de su antiguo confidente, se acercó á un embozado que al parecer le estaba esperando á la vuelta de una callejuela, de donde se veía perfectamente la puerta por donde Juan acababa de salir.

—Todo está arreglado,—dijo este al embozado en voz baja;—es preciso seguir los pasos de ese hombre; no olvides nada de cuanto te he advertido; dentro de una hora estaré á vuestro lado.

Y sin pronunciar mas palabra se dirigió por la calle inmediata, en dirección á la Alhambra, de donde se distinguía el castillo de la baronesa.

El embozado permanecía inmóvil en su puesto.

Cuando Juan se encontró fuera de la ciudad, la noche envolvía ya con su negro manto los alrededores de los viejos muros de la antigua fortaleza, hacía donde él dirigía sus pasos.

Hallábase á la sazón postrada en su lecho la noble baronesa, en cuya pálida frente se retrataba el dolor de su angustiosa enfermedad.

Un religioso silencio, interrumpido solamente por sus continuos sollozos, rodeaba la modesta habitación que ocupaba hacia seis meses.

Medio año había trascurrido en efecto desde que recibió la fatal noticia de la muerte de su esposo, que, habiendo emprendido un largo viaje á la Habana con el objeto de arreglar varios asuntos de familia, había naufragado cerca ya de América.

Después de este infausto acontecimiento, la

baronesa había sufrido nuevos pesares que acribaraban mas cada día su penosa existencia.

A los pocos días de haberse ausentado su esposo, dió á luz un hermoso niño; fué madre segunda vez, pero como la primera hicieron pedazos su corazón al poco tiempo.

Su hijo había desaparecido también, siendo inútiles cuantas pesquisas se habían hecho para averiguar su paradero.

Desde entonces la enfermedad de la baronesa se había agravado por instantes; apartada del lujo que adornaba su palacio, se había retirado á una modesta habitación que estaba en un ala del castillo, donde reinaba la soledad, dulce consuelo que en vano intentaba buscar á sus dolores.

La fiebre se aumentaba de día en día: su imaginación se afanaba inútil-

mente por hallar la causa de aquella desaparición tan extraña como dolorosa.

Un antiguo reloj de pared señalaba las primeras horas de la noche.

La puerta de la alcoba giró sobre sus goznes. La baronesa alzó la cabeza, y vió á su lado á su única camarera, que, pálida y temblorosa, apenas se atrevía á fijar los ojos en su señora.

—¿Qué quieres, Adela? dijo la baronesa con apagado acento; ¡te encuentro inmutada!..... ¿Me amenaza alguna nueva desgracia?..... ¡Ya sería imposible!..... ¡He perdido todo cuanto podía apetecer en el mundo!

—Señora, contestó Adela temblando, no soy



La Baronesa.



digna de vuestro aprecio... ¡Cuántos sinsabores podía yo haber evitado si el temor no hubiera apagado mi voz!

—¿Por qué me recuerdas tan triste escena?

—Es verdad; pero no puedo olvidar un momento que si las fuerzas no me hubieran abandonado, solo yo podía haberle salvado.

—Nada hubieras conseguido.

—¡Oh! ¡Sí, sí!... ¡Yo tengo la culpa de todo! exclamó Adela arrodillándose delante de la cama; todos hubieran acudido á mis voces..... y entonces no lo hubieran arrebatado de mis brazos.

—¡Oh!... no, Adela; tal vez hubieras pagado con la vida tu temeridad.

—Pero á mí debería su salvacion.

—¡Adela!...

—Sí, sí; necesito vuestro perdon para tranquilizar mi conciencia.

—¡Silencio, Adela! añadió incorporándose la baronesa; creí sentir pasos en esa pieza inmediata.

—¡Ah! es verdad, lo habia olvidado; repuso Adela queriéndose levantar.

—¡No... no te apartes de mi lado! exclamó con temor la baronesa fijando sus ojos en la puerta de la alcoba; ¿quién está ahí?

—Un hombre que desea hablaros un momento.

—¿A mí?

—Sí, señora.

—¿A estas horas?

—Dice que tiene que comunicaros una noticia de mucha importancia.

—¿Y nada me habias dicho?

—Es cierto; hace dias que mi cabeza está débil, y solo pienso en esa triste idea que acabará por enloquecerme.

—Pero ¿nada te ha indicado del objeto de esta entrevista?

—Nada; dice que es un secreto que solo puede revelaros personalmente.

—¡Dios mio!... ¡Qué grata esperanza conmueve mi corazon!

—¿Qué le digo?

—¡Adelante!... gritó la baronesa sin soltar las manos de Adela.

Un hombre se presentó en el umbral de la puerta de la alcoba.

Su semblante aparecia tranquilo, pero su palidez era mortal.

(Se continuará.)

P. Moreno GIL.

PROVERBIOS Y REFRANES.

YA TIENE EL PRACTICO A BORDO.

Expresion con la que, particularmente entre marinos, se espresa que una persona está muy mala y que tiene ya cerca de sí ó en la cabecera de la cama al confesor ó padre espiritual que debe auxiliarse en la agonía ó tremendo lance de salir de este mundo; á la manera que el práctico que se suele tomar y pasa á bordo de una embarcacion para dirigirla y auxiliarla en su entrada ó salida del puerto.

V. Joaquin BASTOS.

EL JACINTO.

Emilia estaba muy afligida porque el invierno duraba mucho, pues era aficionada á las flores y tenia un jardin, donde criaba por sí misma algunas muy hermosas. Por esto deseaba la venida de la primavera y la conclusion del invierno. Pero un día la dijo su padre.

—Mira, Emilia, te he traído una cebolla de flor, mas tienes que criarla con mucho cuidado.

—¿Cómo puedo hacerlo, padre mio, contestó la niña, si mi jardin está cubierto de nieve, y la tierra está tan dura como una piedra?

Habló de esta manera porque no sabia que se pueden criar flores en redomas y nunca lo habia visto. Pero su padre le dió una redomita con agua, y Emilia colocó la simiente dentro. Sin embargo, miraba á su padre riéndose y dudando si la hablaba con seriedad. Pues se la figuraba que las flores necesitaban del azul

del cielo y los céfiros de la primavera, y que no podían crecer entre sus manos, porque en su pueril sencillez no conocía la fuerza que encierran las simientes.

Pasados algunos días se abrió la cebolla y comenzaron á asomar sus puntas algunas hojitas verdes. Alegre Emilia anunció á su padre y á su madre y á toda la casa el nacimiento de la nueva planta. Pero su madre dijo:

—¡Cuán poco necesita el corazón para regocijarse mientras permanece fiel á la naturaleza!

Entonces mudó Emilia el agua á la planta y sonrió con placer al contemplarla.

Después la miró su padre y la dijo:

—Bien, hija mía, el sol debe seguir á la lluvia y el rocío. La mirada del ojo amigo, dá valor al beneficio que la mano ofrece. Tu planta crecerá, Emilia.—

Pero á poco las hojas comenzaron á salir por encima del agua, y su hermoso verde se ostentó en todo su brillo. La alegría de Emilia fué mucho mayor todavía.

—¡Ah! dijo con el corazón entusiasmado— ya estoy contenta, aunque no me diera ninguna flor.

—No tengas cuidado, la dijo su padre, pues te dará mas que puedes imaginar. Que ese es el premio de la modestia.—Y la enseñó el gérmen de las flores que estaba oculto entre las hojas.

El cuidado de Emilia crecía diariamente conforme se iban desarrollando las flores. Sus tiernas manos las mudaban el agua y preguntaba

si tenían poca ó mucha ó si era demasiado fría; y si entraba un rayo de sol por la ventana, llevaba corriendo la planta al sol, y soplaba con su aliento el polvo de las hojas, como le sopla el viento de la mañana.

Pensando en las flores se dormía Emilia por la noche, y pensando en ellas se despertaba por la mañana. Algunas veces veía en sus sueños su jacinto lleno de flores, y si al despertar por la mañana no las tenía aun, Emilia medio afligida decía sonriendo:

—No puede tardar en tenerlas.

Con frecuencia preguntaba también á su padre de qué color serían las flores, y después de haber citado todos los colores añadía con candor.

—Todos me son indiferentes con tal que dé flores.

—¡Dulce inocencia, decía su padre, cómo re-

voloteas y juegas amablemente llena de tierno amor y de pueril esperanza!

Al fin dió flores la planta. Por la mañana temprano se habían abierto doce campanillas. En toda la hermosura de la juventud pendían entre cinco anchas hojas de verde esmeralda. Su color era encarnado, igual al de la aurora ó al tierno matiz de las mejillas de Emilia. La flor exhalaba un balsámico aroma. Era una serena mañana de Marzo. Emilia no podía comprender tanta magnificencia. Su alegría era tranquila y silenciosa. No sabía quitarse de delante de las flores, y las contemplaba sin cesar. Entonces entró su padre y vió á su amada hija y á su jacinto en flor, y la dijo conmovido.



Emilia.

—Lo que es para ti tu jacinto, eso eres tú para nosotros, Emilia!

Abrazó entonces la niña á su padre, y después de un largo abrazo, le respondió sofocada su voz por los sollozos.

—¡Ojalá, padre mio, llegue yo á florecer lo mismo que él!

JOSÉ S. BIEDMA.

CUENTOS AZULES.

III.

Los enanos gigantes.

I.

El rey y los refranes.

A fé mia que este cuento me parece estar bien aplicado con el anterior título ¡Los enanos gigantes! ¿no es verdad, que no os choca ese epígrafe? ¿no es cierto que no reputais como un fenómeno á un enano gigante? Ea, pues, reunios á mi alrededor y escuchad. Acabamos de hablaros de S. A. Tonto III, y dijimos que tuvo tres hijos, dijimos que estos tres hijos lo eran de la vanidad y la tontuna, representada en Truchatronchos y S. A. Tonto III, reyes de varias islas del mar que se estiende entre la Europa y la América.

Al nacer el primer hijo, Tonto III le oyó llorar y acercándose á la alcoba de su mujer, exclamó:

—Hola, ya somos padres.

—Sí, replicó la comadre, de un hermoso niño de mucho talento.

—Vaya si le tiene, al apretarle el pié se ha quejado.

—Entonces no hay duda, mi hijo tiene mucho talento, replicó Tonto III.

Si señor, puesto que sabe no donde le aprieta el zapato, sino donde ha de apretarle.

—Qué tan precoz, es una gloria ser padre de tales hijos. No, no miente el refrán á tales padres, etc.

—Quiá, si los refranes, ninguno miente, mas de ciento se yo, y todos son unas verdades como un templo, así como aquellas de por su mal le salieron alas á las hormigas, y nacemos llorando para vivir penando, y dime con quién andas y te diré quien eres, y lo de arrieritos somos y al fin nos encontraremos, y lo del sapo que reventó por parecerse al buey, y lo del buey que habló y dijo mû, y lo del mar que anda á vueltas con el gato, y la del gato que no caza con guantes ratones, y lo de los ratones arriba que todo lo blanco no es harina, y lo de la harina abalada, no te la vea suegra ni cuñada, y lo de la suegra que ni de azúcar es buena, y lo de la cuña que no la hay peor que la del mismo palo, y lo de tal palo tal astilla, y lo de la astilla que.....

—¿Habeis comido lenguas, buena mujer?

—Cá, no señor, como dicen la lengua no dice mas que lo que siente el corazon, y quien lengua há á Roma vá, y la lengua...

—Señora, con tantos refranes no debiais olvidar que en boca cerrada no entran moscas.

—Sí señor, pero si á una le buscan la boca, que ha de hácer sino hablar, que hablando se entienden las gentes.

—Mas el que mucho habla mucho yerra.

—¡Quiá! una habla como quien es, y muchos por no hablar pierden boñado y.....

—¡Comadre!

Algunos me odian porque digo las verdades, pero como al fin y al cabo la verdad es hija de Dios y la mentira del diablo, quiero hablar hasta que reviente, que quiero ser antes mártir que confesor, y.....

—Por vida de sanes, qué punto tocaré que no ponga en movimiento esta máquina.—¿es guapo mi hijo?

—De casta le viene al galgo el ser rabilar-go, y el hijo que aprovece á su padre parece, quien tuviese hijo varon, no llame á otro ladrón, pues el hijo de la cabra de una hora á otra bala, y el hijo del asno.....

—Buena mujer, no creo que mi hijo sea hijo de un asno.

—Vamos, es un decir, porque muchas veces el hijo del bueno ni es malo ni es bueno, y

los hijos de la Mari-Rabadilla, cada uno en su escudilla, y muchas veces este nuestro hijo D. Lope ni es miel ni hiel, ni vinagre ni arroyo.

—Eh, qué diablos estais diciendo de arroyo y miel?

—Pues si señor, donde menos se piensa salta la liebre, y muchas veces se vá por lana y se vuelve trasquilado, que no es oro todo lo que reluce, ni las estrellas están tan cerca de lo que se piensa, y si bien á veces bajo una capa se oculta un buen bebedor, otras veces las apariencias engañan; ¿me comprende Vd.?

—No Señora; ni una palabra.

—¡Toma! pues si es mas claro que el agua lo que digo.

—Yo lo veo muy turbio.

—En casa del herrero cuchillo de palo, pero anda que mas vale pájaro en mano que ciento volando, ó mas vale ir harto á misa que en ayunas á vísperas, ó sino mas vale tuerto que ciego, y cardos en paz que salsa en agráz, y poco bueno que mucho y malo.

—Buena mujer ¿se explicará Vd.?

—Cuando el rio suena agua lleva, y ojo allá que feria vá.

—Es que yo oigo chillar y el ruido no encuentro.

—En quien en tí se fia no le engañes.

—Vieja del demontre, te he de hacer cortar la cabeza sino me dices pronto lo que te pregunto.

—Oh señor, á grandes males grandes remedios: la Señora reina ha parido un niño que parece un enano; por eso dije lo que dije, que viene tan á pelo como si estuviera pintado.

—Bien, bien, marchaos voto á tal, sino...

—No hay que enfadarse, que el que se enfada....

El rey echó á la comadre con cajas destempladas del salon, sin querer oír lo que sucedia al que se enfadaba.

—¡Tener un hijo enano, qué vergüenza! ¡tener un hijo enano, yo un gigante! No, pues nadie se ha de burlar de mí, le voy á dar una educacion y unas inclinaciones gigantescas, y

de este modo haré que él se crea y todos le tomen por un descomunal gigante. Y lo hizo como dijo, y aun tuvo la fortuna para sus intenciones, que su hijo además de ser enano, era tambien ciego.

II.

Los refranes y el rey.

Pasó un año y volvió á tener otro hijo, y al oírle llorar se acercó á la alcoba de su mujer, y dijo:

—¿Otra vez padres somos?

—Si le contestó el comadron.

El rey escarmentado de la leccion de la partera, habia llamado esta vez á un comadron mudo.

—¿Y es muy guapo ó es muy feo?

El comadron no abrió su boca.

—Vamos, hombre, conteste cuanto le preguntan.

—Bá, bá, bá, exclamó el mudo.

—Bá, bá, ¿qué quiere decir eso?

—Si, contestó con la cabeza el comadron.

—Que si, ¿es muy gracioso, eh?

—Si.

—¿Se parece completamente á su papá?

—No.

—¡Diantre! ¿que nó? será enano como su hermano, entonces?

—Si, si, si.

—¿Y es tambien ciego?

—Si.

—Otro enano en mi familia, mi mujer es una calamidad.

—Si, si.

—Osais insultar á vuestra reina, tunante, voy hacer que os corten la cabeza.

—No, no.

—Pero mi hijo, tambien tendrá mucho talento como el otro, ¿no es verdad?

—Si, contestó el mudo haciendo una seña que parecia decir, muchísimo.

—Sois muy perspicaz, si ya lo habeis conocido.

—Si, Si.



—¿Qué, lo habeis conocido? ¿Cómo lo conocisteis.

El mudo se pasó los dedos desde los ojos á las mejillas é hizo una señal negativa con la cabeza.

—¡Ya caigo! Es decir que mi segundo hijo no ha nacido llorando.

—Sí, Si.

—Pues no cabe duda, mi segundo señor hijo tiene mucho talento.

Sí, respondió el mudo, echando un pedacito de pan y poniéndose á balar.

—Canásto, tambien este es amigo de refranes. ¿Quereis decir que oveja que bala bocado pierde, y que mi señor hijo como hombre de talento, no quiere perder por balar su comida?

Sí, Sí, replicó el comadron llevándose la mano á la frente y señalando su lengua.

—Ya, que al buen entendedor pocas palabras le bastan.

El mudo señaló la cizaña del jardín.

—Que la mala yerba mucho crece.

El comadron marcó con las manos una gran altura, despues hizo una señal negativa y luego señaló en frente.

—¿Los hombres se miden por el talento y no por los piés?

—Ya lo sé.

El mudo se encogió de hombros haciendo como que barajaba cartas, despues sopló, se arropó en su capa y luego se descubrió en seguida, señaló al cielo y las horas del reloj, á continuacion volvió sus ojos al cielo, volviéndose á encoger de hombros, despues fué á salir por una puerta y la encontró cerrada.

—¡Canario y canario! ¡Voy huyendo de los refranes, y me los encuentro en accion! ¡Esto es insoportable, voto á cribas! Mudo del diablo, ¿qué á cuento viene eso de paciencia y barajar, si tú harás perder la paciencia á un santo? ¿Cómo ha de venir la calma tras la tempestad, si tú eres una borrasca? Demasiado sé que la paciencia gana el cielo; pero tú me lo harías perder de nuevo, y que...

El comadron señaló el número dos con los dedos; despues se desarregló los pelos como si

estuviera furioso: luego, fingiendo que se calmaba, se los volvió á arreglar.

El mudo tambien señaló una figura y un genio, y se tumbó como si estuviera muerto.

—¡Malhaya sea mi suerte! Aunque tenga dos trabajos enfadándome, tú lo dices que genio y figura hasta la sepultura, y así será, pues voy á hacer que te corten la cabeza.

El mudo volvió á hacer nuevas pantomimas, pero el rey ni las quiso mirar tan siquiera; por el contrario, cogió al comadron y le echó á puntapiés de la sala.

—Cuidado que estos mis súbditos son los mas amigos de refranes que conozco. Voy á estender un real decreto para que cesen estos desmanes en lo sucesivo.

El bueno del rey Tonto III se puso en una mesa á escribir, y Dios sabe lo que escribiría. A nuestro conocimiento no ha llegado. Lo que no ignoramos es que despues de escribir se paseó á grandes pasos en su real estancia, diciendo:

—A este otro enano le trataremos como á su hermano, es decir, con todas las prerogativas y derechos de todo un señor gigante; y respecto á quién ha de asistir al otro parto de mi señora, determino que no sea mudo, ni sea mujer: será... será... quien yo diga. Ahora ocupémonos de la gran cuestion de cómo se ha de llamar el nuevo vástago de la casa de los Tontos; yo me inclino á que se llame Cutibellambra, y así se llamará, como su hermano se llama Fierabrás. Otro hijo que tenga, se ha de llamar Majavidas; todos nombres gigantescos, como las pirámides de Egipto.

III.

¡Me comprende V.!

Pronto tuvo ocasion el rey de poner el nombre que inventara á un niño, pues apenas pasó un año desde el nacimiento de Fierabrás, tuvo otro hijo.

Le oyó llorar, y acercándose á la alcoba de su mujer, dijo:

—¿Vamos caminito de abuelos?

—Si, señor; la reina acaba de dar á luz á un robusto niño, le contestó el médico de cámara.

—Me alegro; así seré padre de tres hijos.

—Y los tres hijos le tendrán á V. A. por padre. ¿Me entiende, señor?

—Dice V. muy bien, señor doctor, y permítame le pida detalles sobre el recién nacido.

—Detalles le daré cuantos quiera; ¿me entiende V.?

—¡Será muy robusto y muy gigante!

—De todo tiene la viña del Señor. ¿Me entiende V.?

—Ni una palabra.

—Pues sí señor. ¿Me comprende V.?

—Menos que antes.

—Es que... ¡ah! ¿Me entiende V. ahora?

—¡Hombre, hombre! ¿Se burla V. de mí?

—No, señor; ¿me entiende V.?

—¡Qué diablo de manía le da á este hombre! He prohibido los refranes en mi reino; pero á este señor le da por un refran de los no prohibidos. Dígame V., por su vida, ¿cómo es de alto mi hijo?

—Así; ¿me entiende V.? dijo el médico sin ademan alguno.

—¡Así! Así, puede ser como un grano de arena, ó como una montaña.

—No digo que no; ¿está V.?

—Harto de aguantarle, sí.

—Pues vamos; es un decir; y como uno es así, pues cada uno se entiende; ¿me comprende usted?

—¡Caramba y caramba!

—No se enfade V.; que, pues, como, ya me entiende V.

—Hombre de Barrabás, ¿quiere V. apurar-me la paciencia?

—Yo, no señor; pues uno es... pues... ¿está usted?

—Sí señor; estoy hace una hora oyendo á usted decir mil y un disparates; en una palabra, ¿es mi tercer hijo enano como los otros?

—Sí señor; ¿me...

—Con cuatro mil de á caballo, ¿me quiere usted hacer el favor de responder á lo que le pregunte tan solo?

—¡No he de querer! Vaya si quiero... pues si ¿está V.?

—¡Voto vá! Voy á mandar que os corten la cabeza.

El médico sacó un pergamino y se lo entregó al monarca.

—Bueno; despues lo leeremos: ahora, dígame V. si es mi hijo ciego.

El doctor dijo que sí con la cabeza.

—¡Qué desgraciado que soy! ¡Cómo ha de ser!

El médico no contestó nada.

—¿Tendrá mucho talento tambien mi Maja-vidas?

—¡Mucho, mucho!

—¿De dónde lo deduce V.? Hable V. lo que quiera, añadió Tonto III al ver que el doctor temia hablar.

—Lo deduzco de que el hijo de V. A. no es rana; ¿me comprende V.?

—¿Que no ha nacido rana? ¡Yo lo creo que no!

—Y un hombre que no ha nacido rana, no es poco ducho que digamos; porque como, pues; ya... ¿me entiende V.?

—Sr. Molfando; V. me ha estado moliendo mas de dos horas, y ahora yo tengo el derecho de molerle las costillas.

—Señor, lea V. A. ese escrito, y me disculparé.

—Bien; lo leeré: es mi bando prohibiendo los refranes.

—Lea V. A. el art. 182, y... me comprenderá.

—Art. 182, dijo leyendo el rey: «Todo aquel de nuestros súbditos que en lo sucesivo quiera mencionar un refran, bastará con que lo indique por medio de las palabras *ya me entiende usted, ó está V.* El contraventor de este artículo, pagará con una multa de 200 escudos ó su equivalente 200 azotes.»

—Ahora sí que os comprendo: he suprimido los refranes introduciendo el nuevo y peor refran de *¿está V.?*

(Se continuará.)

Francisco de ESPINOLA.

LOS DOS SOLES.

Un pobre niño dormía,
Y durmiendo divisaba
Un sol que siempre brillaba,
La luz de un eterno día.
Despertó: noche sombría
Reinaba sobre su frente,
Y al ver su engaño inocente
Dijo con duelo profundo:
—«No existe sol en el mundo
Que no tenga su Occidente.»

Hombre el niño llegó á ser
Y con trabajo ejemplar
Su mente pudo alcanzar
Los misterios del saber.
Su dulce ensueño de ayer
Trató de explicar ufano,
Y disfrazando el arcano
De aquel brillante arrebol
Dijo:—«Si que existe un sol
De resplandor soberano».

«Es el sol del pensamiento
Que no se esconde jamás;
Es el sol que brilla mas
Que el que cruza el firmamento.
Yo soñé, y el sueño siento
Que es un ejemplo profundo;
Yo miro un sol sin segundo
Lucir sobre la existencia;
Es el astro de la ciencia
Que está iluminando el mundo.»

Rafael BLASCO.

ENIGMA HISTÓRICO.

Explicacion.

CAMOENS.

Luis de Camoens, oriundo de Galicia, nació en Lisboa el año 1517: desde su menor edad descubrió gran ardor por la gloria y la patria. Para distraerse del dolor de un amor desgraciado á una dama de la corte, Doña Catalina Ataide, entró Camoens en el servicio de la ma-

rina; perdió un ojo en la batalla con los moros delante de Ceuta, y viéndose postergado, se embarcó en 1555 para la India. En Goa censuró las arbitrariedades del gobernador en una sátira, que pagó con el destierro á las Molucas, donde bajo otro gobernador mas justo, fué nombrado comisario mayor de los bienes de muertos. En esta comarca, embellecida por la naturaleza asiática, compuso lo mas de su poema: *Los Lusíadas*, obra genial de poética y métrica, que canta la navegacion alrededor de Africa, y el descubrimiento marítimo de la India por Vasco de Gama.

En *Los Lusíadas*, se reasume todo el génio poético de la nacion, y por lo mismo se ha eternizado sobre todas las de su género, pues se hicieron seis traducciones castellanas, cinco latinas, cuatro francesas, tres italianas, dos inglesas y una hebrea.

De vuelta de Goa, perdió Camoens en un naufragio su hacienda, salvando solo su poema agarrado con los dientes, mientras con los brazos libraba el cuerpo de las olas enemigas.

Entró en su patria en 1569, como habia salido. Una pension de 2,000 rs. que recibió del rey D. Sebastian, le faltó á la muerte de este príncipe, con lo que vino á tal pobreza, que enviaba de noche un criado indio á pedir para poder comer.

Agobiado por la propia desgracia y la pública, murió en el hospital en 1579, á la edad de 62 años.

Al morir profirió estas palabras:

He amado tanto á mi patria, que me tengo por feliz no solo en morir en su seno, sino en morir con ella.

CUADRO ICONOLÓGICO.

Una mujer fea, cubierta con un velo negro, está sentada sobre un cerdo y tiene asido un asno.

(La explicacion en el próximo número.)

Por lo no firmado: el Director, FAUSTINO BASTÚS.

Editor responsable: D. Marcelino Martínez.

MADRID: 1864.

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS,
Turco, 11.